

Mil veces no. Dichosamente el público los mira con desprecio, no compra sus libros, no lee sus artículos de la prensa diaria.

Por qué? Por que estos charlatanes no lo hacen pensar, ni sentir, no le marcan un rumbo, jamás despiertan en él aspiraciones mejores sino que lo envenenan deificando el arte de matar, ventilando toda clase de pasiones bajas y de crónicas escandalosas.

A esta indiferencia del público, la turba intelectual ociosa de Hispano América responde: "Pueblos bárbaros y salvajes que no comprenden el Arte. Aquí la vida es imposible para el artista. Ah! nuestra Ciudad Azul é Ideal... Que lejos quedas!" Y continúa con una serie de sentimentalismos afectados y ridículos.

Es justo este clamoreo? Tampoco. Han hecho algo grande, capaz de comprometer la gratitud de un pueblo? No. La turba vive de ilusiones enfermizas y cada cual se cree el poeta nacional, el novelista americano, el narrador más distinguido, el cuentista más perfumado y cercano al ideal francés. Repito, el buen sentido popular no justifica estas reputaciones imaginarias. Basta que el poeta ó el cuentista pasen un año fuera del país ó no escriban nada por un tiempo largo, para que nadie los recuerde ó se les olvide poco á poco. Es la prueba mejor de que no han llevado con sus escritos ni un sentimiento duradero, ni una idea apreciable al corazón y al entendimiento del público que no los ama, porque no los lee. Otra prueba de lo falsas que son estas reputaciones hechas en las oficinas de los diarios es la siguiente: basta una crítica fuerte, para ver como cae para siempre cualquiera de estos literatillos á quienes la adulación, la mentira y la indiferencia del pueblo habían hecho forjarse una reputación fantástica.